

## COLOMBIA – TRECE AÑOS DESPUÉS

*Tras retirarse de la dirección del Deutsche Antioquia Bank, Sitarz supervisó la administración del Banco Nacional nicaragüense, por recomendación de Paul M. Warburg, desde 1930 hasta 1934. En 1935 se convirtió en director de la Amsinck, Sonne & Co., en Nueva York, que era controlada por la American Trading Co. No obstante, su interés en Colombia se mantuvo. En Cali era dueño de la farmacia de su hermano Franz, fallecido en el interin; además, compró acciones de la plantación de azúcar Ingenio Central del Tolima S. A., al igual que de Amsinck, Sonne & Co. Su compromiso financiero lo llevó a visitar dos veces más el país: a finales de 1942 y comienzos de 1943, y desde finales de agosto hasta mediados de octubre de 1944. En sus anotaciones, que se presentan en las siguientes páginas, Sitarz vuelve a dejar sus impresiones<sup>13</sup>.*

Estábamos volando a mucha altura y la vista a través de la ventana no mostraba nada más que nubes y, muy abajo, el mar Caribe<sup>14</sup>. A pesar de la altura en la que nos encontrábamos, estaba bastante caluroso en la cabina. Las revistas que se encontraban a bordo ya habían pasado por todas las manos y la mayoría de los pasajeros trataba —en lo posible— de acortar el viaje restante con una siesta. Finalmente se asomó a nuestra izquierda una cadena montañosa alta, la Sierra Nevada de Santa Marta. Pronto nuestro avión comenzó a descender y notamos que el agua del mar ya no era azul oscuro, sino marrón. Era la señal de que nos acercábamos a la desembocadura del Magdalena. Pronto la reconocimos y unos minutos más tarde bajamos sobre el río y nos deslizamos al atracadero. Eran alrededor de las cinco de la tarde. El momento más caluroso del día había pasado y con la ligera brisa la recepción que nos brindó el clima de Barranquilla fue bastante agradable.

---

<sup>13</sup> Sitarz realizó también breves viajes a Colombia en 1935 y 1939, pero sus anotaciones sobre ellos no son muy provechosas.

<sup>14</sup> Sitarz inició su viaje el 25 de diciembre de 1942 y partió de Colombia otra vez el 25 de marzo de 1943.

El despacho por parte de las autoridades colombianas fue rápido y amable, así que casi una hora después de nuestra llegada pudimos ir a la ciudad. Aquí experimenté una nueva decepción: me había alegrado de poder pasar uno o dos días en el hermoso Hotel Prado, y ahora me enteraba que allí no había lugar. Me recomendaron el Astoria como el segundo hotel de categoría del lugar, pero era solo del tipo modesto, no estaba muy bien ubicado y la habitación que pude conseguir era muy calurosa.

Después de saber que no podía volar a Cali hasta el lunes 28 de diciembre [1942], llamé al doctor Max Rehbein Peralta, el mismo que había tratado a nuestra pequeña hija cuando soportó tan mal el viaje por el río. Lo había vuelto a ver unos meses antes en Nueva York, en cuya oportunidad me pidió visitarlo sin falta si tenía que pasar por Barranquilla. Al escucharme me insistió ir después de la cena a su clínica, en la cual también tenía su vivienda.

Este centro médico, llamado Clínica del Prado, no era grande, pero tenía buena fama. Vi que el doctor tenía un apartamento agradable y pasé una velada muy amena con él. Para la noche siguiente me pidió ir un poco antes y cenar con él. Nos conocíamos desde hacía años y con él no había escasez en los temas de conversación.

Como yo no tenía negocios en Barranquilla, tuve suficiente tiempo para ver la ciudad de nuevo en detalle. No la había visitado desde 1939. La encontré más grande y parcialmente embellecida, pero aún había muchas calles arenosas, sin pavimentar, y bastantes casas tenían todavía un techo de paja primitivo. Incluso el burro seguía siendo un medio de transporte muy utilizado. En cuanto a la economía, no parecía muy próspera. El puerto causaba una impresión demasiado silenciosa. Sin embargo, en el aspecto industrial, la ciudad parecía progresar; vi una serie de fábricas nuevas, aunque en su mayoría pequeñas.

Una tarde fui en auto a Puerto Colombia para bañarme otra vez en el mar. No fue en realidad un placer, el establecimiento de baños no era muy acogedor y el agua estaba turbia. Con motivo de las fiestas navideñas esperaba encontrar numerosos visitantes en el lugar, en el cual un buen número de familias barranquilleras tenía casas de campo, pero encontré todo muy tranquilo. El lugar causaba impresión de abandono. Comercialmente tampoco tenía ya importancia alguna, pues el puerto había sido trasladado a Barranquilla, e incluso la línea ferroviaria había sido levantada.

En mis caminatas nocturnas por las calles de Barranquilla me había llamado la atención la gran cantidad de árboles navideños que se veía en las casas. Me pareció que la costumbre estaba más extendida allí que en otras ciudades colombianas. La mayoría de los árboles eran artificiales.

Como siempre que se me presentaba la oportunidad de hacerlo, pasé por las casas en las que había vivido. La cabaña, que había pertenecido a la empresa

A. Held, parecía estar en buenas condiciones, al igual que la casita en la calle Obando, en la cual por un tiempo había vivido solo. En cambio, la casa de Strauss tenía aspecto descuidado y su entorno inmediato también había empeorado. No sentía deseo de pasar mucho tiempo de nuevo en Barranquilla; sin embargo, en una estadía de pocos días la ciudad seguía teniendo cierto atractivo para mí. Algunas veces subí por el ascensor al techo plano del hotel, ubicado a bastante altura, desde donde había una vista amplia y hermosa de la ciudad, del río y más allá de este. En la primera mañana despejada se pudieron ver bastante bien las montañas de Santa Marta, y a la derecha de la desembocadura del río se iluminaban de vez en cuando las olas blancas del mar. Como la temporada de lluvia acababa de finalizar, la vegetación aun brillaba en un fresco verde, iluminado por un cielo azul, sin nubes.

El lunes 28 de diciembre de 1942, muy temprano, partí en avión a Cali. Nuestra primera escala fue Medellín, donde tendría una breve estadía y debía cambiar de avión. Lamentablemente el tiempo era demasiado corto como para poder contactar alguno de mis muchos conocidos allí. La vista de la zona tan bien conocida por mí, así como el paisaje que sobrevolamos durante la última media hora, en el cual muchos caminos me eran familiares, me causaron la sensación de estar en casa. Este sentimiento no me abandonó hasta mi llegada a Cali.

Aterricé en esta ciudad cerca del mediodía y Armitage me esperaba en el aeropuerto. Como siempre, me había reservado una habitación en el hotel Alférez Real. Por fortuna constaté que el hotel estaba muy mejorado, ahora podía ser calificado en realidad de bueno. Sobre la evolución de los negocios<sup>15</sup>, Armitage<sup>16</sup> pudo dar un informe satisfactorio; se encontraba finalizando un registro de inventario muy largo, al cual yo había querido asistir, pero debido a una estadía imprevista en Miami lamentablemente estuve impedido de hacerlo.

En el negocio encontré todo muy bien. También el personal parecía estar satisfecho. Mis preguntas eran respondidas por Armitage de manera objetiva y siempre satisfactoria. Él también parecía estar muy conforme con su puesto. El resultado del balance fue tan favorable, que le pude dar una buena participación de ganancia, o sea una bonificación, que aparentemente sobrepasaba en gran medida sus expectativas. Estaba tan feliz que mientras yo hacía una diligencia se fue rápido a casa para dar la buena nueva a su esposa. Unos días más tarde, cuando fui invitado por los Armitage, la señora me agradeció

<sup>15</sup> Esto se refiere al negocio de la droguería que había pertenecido a su hermano Franz.

<sup>16</sup> Armitage fue nombrado por Franz Sitarz como procurador en 1938. Después de la muerte de Franz se convirtió en administrador.

también la bonificación. En esa ocasión dijo que yo podía estar seguro de que su marido estaba haciendo todo lo posible por el negocio, que era su único interés, exceptuando la familia. Era la noche de víspera de Año Nuevo, la cual pasé de manera muy agradable con los Armitage.

A comienzos de 1942 había comprado un paquete de acciones de una plantación de azúcar recién fundada en Colombia, junto con Amsinck, Sonne & Co., que había tomado una cantidad un poco mayor. En general se trataba de una suma considerable de dinero, y uno de los objetivos de mi viaje era visitar la nueva empresa. La plantación de azúcar y la fábrica asociada estaban ubicadas ocho kilómetros río arriba de Ambalema, junto al río Magdalena. Pero ligada a la empresa había otra hacienda grande, llamada El Medio, ubicada a unas dos horas de Cali en tren, en las proximidades de la estación La Paila, que se extendía entre el río Cauca y las montañas frente a la cordillera Central. La hacienda era administrada por el señor Harold J. Eder, que había organizado la visita para mí. Yo sentía mucha expectativa, no solo por interés empresarial, sino por las descripciones, esperaba encontrarme con una región paisajísticamente muy hermosa.

En compañía del contador de la hacienda, un señor Durán, viajé a La Paila en un coche de motor del ferrocarril la mañana del 5 de enero de 1943 a las seis, y llegamos poco después de las ocho. Un auto nos llevó en pocos minutos a la casa de la hacienda.

Aún nueva, estaba construida de ladrillos, dispuesta de forma sencilla, pero práctica. Para mi sorpresa, recibí una habitación con baño privado. Nunca me habían ofrecido tal cosa en una hacienda. También la limpieza, con frecuencia un punto débil en el campo, era satisfactoria. El administrador, Luis Carlos Villegas, era antioqueño, y —como se comprobó— hijo de un viejo cliente mío. El padre fue el administrador de la gran plantación de café Los Micos, cerca de Titiribí, ubicada en el área más amplia de Medellín y que en aquel tiempo había pertenecido a la empresa bancaria londinense Frederick Huth & Co. Esta constatación estableció enseguida una relación amistosa y el administrador me manifestó que él mismo me acompañaría en mis cabalgatas para conocer la hacienda. Mientras nos servían otro desayuno, los caballos fueron ensillados; poco después montamos y partimos.

La hacienda tenía alrededor de 4.500 cuadras o plazas (80 x 80 m). En su mayor parte era llana y en esas zonas presentaba un suelo muy fértil. En su centro se encontraba una extensa aunque ya casi extinguida plantación de cacao, que había sido alguna vez bastante productiva. Aún se cosechaba algo de cacao de los viejos árboles descuidados y este era de buena calidad. Sin embargo, el valor de la plantación ya no estaba en los árboles de cacao, sino en los de sombra, convertidos en gigantescos troncos que le daban a la plantación

un carácter de selva primitiva. Se estaba a punto de instalar un aserradero para aprovechar la madera de los árboles de sombra.

La principal fuente de ingreso de la hacienda era la ganadería. Más de tres mil quinientas reses de todas las edades, varios cientos de caballos y una cantidad de mulas y asnos se repartían por los extensos pastos. La temporada de lluvia no había terminado. Todo lucía con bellísimo verdor y en algunas partes el pasto era tan alto que le llegaba a un caballo hasta la cincha e incluso hasta el lomo. En los arroyos y zanjas el nivel del agua era alto; una vez debimos regresar después de haber estado con el agua hasta las rodillas. Si el agua hubiera estado limpia, comentó Villegas, no hubiera importado, nos hubiéramos adentrado incluso más profundo. Pero del lodo, en el cual nos encontrábamos, no era tan fácil liberarse y quedar limpio, por lo tanto preferimos buscar un desvío.

El futuro de la hacienda no se vislumbraba en la ganadería, sino en la agricultura, la cual se estaba expandiendo gradualmente. Ya había amplias superficies plantadas con arroz, maíz, frijoles, sésamo, maní y plátanos, y las cosechas obtenidas hasta ese momento habían sido bastante prometedoras; sin embargo, la dificultad de adquirir la maquinaria necesaria durante la guerra, la contratación de mano de obra idónea, y también un poco la falta de capital, habían frenado el desarrollo. Mi impresión fue la de que se trataba de una empresa prometedora. Con excepción de las plantaciones de caña de azúcar ya existentes, era el primer intento, en el fértil Valle del Cauca, de implementar la agricultura en gran escala y de forma moderna, con maquinaria. Si el intento era exitoso, lo cual me parecía muy probable, no solo derivaría en un buen negocio para los accionistas, sino que encontraría también seguidores, lo que suele ocurrir en esos casos. Por el momento la extensa llanura del Valle del Cauca, incluso llegando a los límites de Cali, era utilizada aún en su mayor parte de manera poco productiva, como tierra de pastoreo. Pero la tierra era ya tan cara que la ganadería extensiva a la vieja usanza era raramente rentable. Solo aquellos que poseían tierra heredada podían obtener algún beneficio.

Pasé un día y medio en la hacienda. La hermosa región y la amable recepción que me habían dado, convirtieron mi visita en un placer. También, los caballos que me dispusieron para las largas cabalgatas eran buenos. El primer día cabalgué un castaño perseverante, voluntarioso pero tranquilo. Después de haber observado que no era ningún novato en la montura, recibí un caballo blanco fuerte y muy vivaz, que quería tomar todas las lomas al galope. Era el mejor animal de la hacienda, el que Harold J. Eder montaba cuando la visitaba.

La Paila había sido el lugar donde en 1914, al regresar de Cali, pasé una noche algo desagradable debido a los paquetes de dinero que llevaba conmigo.

En ese momento, excepto la casa donde pernocté, no había en los alrededores ningún otro asentamiento a la vista. Ahora había surgido un pueblo en ese lugar y cerca de él una de las mejores plantaciones de caña de azúcar del Valle del Cauca. Donde antes pasaba el viejo camino para cabalgar a Cali, ahora existía una carretera asfaltada, si bien daba la impresión de estar abandonada; el motivo de esto era la escasez cada vez mayor de vehículos; debido a la guerra solo se podían importar nuevos en poca cantidad y los existentes estaban muy gastados, apenas se usaban de forma limitada para viajes largos.

En la tarde del 6 de enero de 1943, que era un día festivo, el día de los Reyes Magos, estuve de regreso en Cali. Durante el viaje en tren algo entró por la ventana abierta —pues hacía mucho calor— derecho a mi ojo. Me fue imposible sacarlo y llegué a esta ciudad con una inflamación bastante dolorosa. Con la ayuda del farmacéutico de la droguería pude recuperarme después de algunos días.

Mi tiempo en Cali lo invertía durante el día con algunas horas en el negocio y otras en el depósito. Entremedio hacía las visitas comerciales concertadas. Revisaba todo lo que se había registrado en los libros desde mi visita anterior e intentaba ponerme al tanto de los detalles del negocio lo mejor posible. Esto no lo hacía en realidad para controlar a Armitage, aunque él lo había solicitado enfáticamente, sino para estar bien informado en el caso inesperado de que algún día pudiera ocurrirle algo y yo tuviera que afrontar la situación de tener que reemplazarlo provisoriamente. Por petición mía, Armitage preparó un memorando detallado que me serviría de guía en caso de urgencia.

En las tardes, después de cerrar el negocio, hacía regularmente con Armitage un viaje en su pequeño auto, lo cual era muy agradable después del trabajo y del calor del día. Cuando salíamos de la ciudad, usualmente tomaba el volante; lo hacía con gusto, mientras que Armitage prefería viajar como pasajero. Al regresar disfrutábamos con frecuencia de una de las hermosas puestas de sol, con la maravillosa tonalidad que se da tan a menudo en el Valle del Cauca. Antes de despedirnos bebíamos habitualmente un vaso de cerveza, por lo general en el Café Colombia, que era muy limpio. Era una pena que este se encontrara en una esquina entre dos calles angostas, desde cuyas paredes rebotaba potenciado el ruido de las bocinas de los autos, que siempre son usadas de forma abusiva en Colombia. Esto, unido a la pésima acústica del local, dificultaba bastante una conversación. En realidad, tenía que acostumbrarme de nuevo al espantoso ruido callejero cada vez que llegaba a Colombia. Era, sobre todo, desagradable en el local de la farmacia, ubicada en la esquina probablemente más concurrida de Cali.

Los sábados por la tarde solíamos hacer un viaje a los más distantes alrededores de la ciudad, donde yo era el mejor conocedor del camino. Armitage no

hacía este tipo de paseos solo, a pesar de que le agradaban mucho. Su esposa no se interesaba por este esparcimiento, ni en ese momento estaba en condiciones de hacerlo, ya que esperaba pronto la llegada de su tercer hijo.

La parte desagradable de mi estadía en Cali eran las noches. Después de comer en el hotel entre las siete y las ocho, hacía habitualmente un paseo y luego no había nada que hacer. Durante un corto tiempo leí en mi habitación. Pero después no pude soportar esto más porque la luz eléctrica era muy deficiente. En la época sin lluvias, cuando la energía era escasa, leer prolongadamente en la noche era casi imposible. Por lo tanto, no quedaba nada más que irse a la cama temprano. Amigos personales con quienes hubiera podido compartir una velada ya tenía solo pocos en Cali. Como mucho, fui una vez a la semana a un cine-teatro con Armitage. En la mañana me levantaba normalmente a las seis.

Armitage, como me comentó, llevaba una vida muy retirada, permanecía en su casa con su familia o en el negocio. Con los numerosos parientes de su esposa alternaba lo imprescindible. Me dijo que había debido limitar el contacto por autodefensa, porque de lo contrario no hubiera sido más dueño de su casa. Él vivía mejor que todos esos parientes y debido a esto las visitas eran tan extensas que rara vez se encontraba solo con la familia. Su esposa siempre estuvo de su parte en este asunto, así me dijo. Ella tenía con un pariente, una tienda de modas, el almacén Vogue, que en pequeña escala marchaba muy bien y ella era su alma. Armitage se mantuvo al margen, y en realidad hubiera preferido que su esposa se hubiese retirado, aunque debía reconocer que ella manejó bien el negocio y obtenía buenas ganancias. Aunque él hubiera visto con buenos ojos que ella se dedicara con exclusividad a la casa y a los hijos, su esposa opinaba, por el contrario, que su actividad era un seguro en el caso de que a él le sucediera algo. Armitage tenía pocos amigos personales. En la noche se acostaba temprano, y también se levantaba bien temprano, casi siempre a las cinco. Las primeras horas de la mañana las usaba para leer o para la jardinería. La casa bien ubicada en la que vivía había pertenecido a Wilhelm Stoltze, un alemán de la empresa Held que se encontraba en Alemania. Durante la guerra había sido incautada por el Gobierno colombiano y Armitage la había alquilado a este.

Una vez más, como de costumbre, tuve también esta vez la intención de visitar Bogotá y Medellín, así como la mencionada plantación de caña de azúcar cerca de Ambalema, cuya dirección principal se encontraba en Bogotá. Por lo tanto, planeé salir de Cali el 17 de enero de 1943 y regresar unas tres semanas después. Para ver algo más del país decidí no viajar esta vez en avión, sino usar de preferencia el tren, el auto y el vapor fluvial.

Un domingo en la mañana, a las seis, partí de Cali en el autoferro, un cochemotor del ferrocarril. Estos autoferros equivalen a los expresos en los trenes



colombianos. Entre las once y las doce del mediodía estábamos en Armenia, en el departamento de Caldas, desde donde el viaje a Ibagué pasando por el alto Paso de Quindío se haría en auto. Luego de haber organizado el reparto de los pasajeros y la carga algo complicada del equipaje en los autos disponibles, partimos. Me había tocado un asiento en un pequeño coche Chevrolet que hubiera sido cómodo para cuatro personas, ¡pero éramos seis! Los otros viajeros eran casi todos estudiantes, que habían pasado sus vacaciones de Navidad en el Valle del Cauca y regresaban a su universidad en Bogotá. Por suerte, todos demostraron ser personas amables y educadas, lo que hizo más soportable la estrechez en la cual nos encontrábamos.

La ciudad de Armenia, la cual no había vuelto a ver desde mi visita con Franz en 1935, me pareció que había crecido y estaba más urbanizada. Daba la impresión general de limpieza, pero las calles habían conservado su pueblerina estrechez original. Similar era la pequeña y cercana ciudad de Calarcá, en la que tenía lugar el mercado dominical. Nos tomó bastante esfuerzo encontrar un camino para nuestro auto a través de la maraña de personas, carros y animales de carga.

Poco después de Calarcá comenzó la empinada subida al Paso. La calle estaba bastante bien y avanzamos rápido. Pero el alto bosque que recordaba de mis primeros viajes estaba reducido a pequeños restos, en su lugar había principalmente ganado de pastoreo, que no daba la impresión de ser muy productivo. El área estaba escasamente poblada.

Con el motor recalentado llegamos al Paso, creo que a tres mil doscientos ochenta metros de altura, el cual es al mismo tiempo el límite entre los departamentos de Caldas y Tolima. Un corto trecho más abajo, sobre el lado del Tolima, en las proximidades de la otrora posada La Lora, donde había pasado una vez la noche, se encontraba una aduana en la que los pasaportes y el equipaje debían ser controlados. El control de los pasaportes fue inmediato y prescindieron del equipaje. Su objetivo era constatar, probablemente, cantidades aranceladas de bebidas alcohólicas, al igual que productos de tabaco. Los ingresos de los gobiernos departamentales consisten, en gran parte, de los impuestos al tabaco y al alcohol, por eso los departamentos vigilan con celo que un departamento vecino no les haga competencia. Para los viajeros estas circunstancias ocasionaban estadias molestas. En nuestro caso al parecer el sensato empleado público dijo que en nuestras pocas piezas de equipaje difícilmente podía haber suficientes artículos arancelados como para justificar una molestia mutua.

Desde la altura de El Paso hasta la ciudad de Ibagué la carretera desciende en una inclinación suave, pero casi constante. En general, sigue la línea del valle del río Coello, que en su cauce superior está bordeado a menudo por



altas paredes de rocas altas, casi verticales. La zona es pobre en bosque, no muy fértil ni saludable, pero pintoresca.

Nos detuvimos para almorzar en el pueblo de Cajamarca, que no me quedó en el recuerdo como un deleite. El restaurante no estaba limpio.

Después de llegar a Ibagué debí esperar algunas horas hasta la partida del tren. Luego de hacer un recorrido por la ciudad me encontré en la estación con un viajante de la droguería, Herbert Heumann, quien se había hecho presente para saludarme junto con un cliente de esa localidad, Emilio Barrientos.

Cerca de las cinco de la tarde partí de Ibagué. El tren iba despacio y llegó cerca de las diez de la noche a la estación de Apulo, ubicada ya en el departamento de Cundinamarca, donde quería pasar la noche y eventualmente también un día de descanso, sin embargo resultó que el hotel estaba sobrepasado en su capacidad y solo se me podía dar condicionalmente una habitación para mí solo. Esta no era acogedora, contenía tantas camas como cabían en ella, y en lo demás estaba amoblada con modestia. La iluminación era mala. Estaba desilusionado por la impresión poco favorable que el hotel me causaba en general, a pesar de que años atrás me había gustado bastante. Probablemente no era el hotel en sí el que había cambiado tanto, sino yo mismo; quizás ya no era tan modesto como había sido. El hotel Apulo fue y aún es considerado uno de lujo en Colombia y como tal me había parecido hace diecisiete o dieciocho años, cuando lo conocí. Ahora, después de haber conocido tantos hermosos *resort* en los Estados Unidos, el Apulo me pareció tan primitivo como era en la realidad. Me molestaron las numerosas moscas en el comedor, el así llamado ‘parque’ lo vi muy pequeño y moderadamente cuidado, y la famosa piscina no tenía ningún atractivo para mí, era pequeña y con agua turbia. Bajo esas circunstancias, decidí seguir viaje a Bogotá en el tren de la tarde del día siguiente.

Después de un incómodo viaje en un tren abarrotado de pasajeros, llegué a la noche siguiente con una demora considerable a Bogotá. En Cali me habían recomendado un hotel nuevo en la capital, el Astoria, y por eso reservé una habitación en él, pero resultó ser un lugar desordenado, sucio, que desde el primer momento me resultó antipático. Forzosamente debí quedarme esa noche allí. A la mañana siguiente me mudé al Granada, que conocía bien, el cual también dejaba mucho que desear, pero era lo mejor que podía ofrecer Bogotá, y no obstante, tras pasar la noche en el Astoria, el Granada me pareció mejor que nunca.

Había llegado el 18 de enero de 1943 a Bogotá. Al día siguiente hice mis primeras visitas, entre ellas una a la embajada de los Estados Unidos. El embajador de aquel entonces era Mr. Arthur Bliss Lane, a quien había conocido hacía años en Managua. No sabía hasta dónde me recordaría. Estaba ocupado

cuando me hice anunciar y no me podían decir cuándo se desocuparía, así que dejé mi tarjeta con mi dirección. Cuando regresé al hotel, después de un breve tiempo encontré un mensaje telefónico de Mr. Lane en el cual me pedía que lo visitara la tarde siguiente, a las cinco, en la embajada.

Concurrí a la hora indicada y fui recibido por él de manera muy amable, como un viejo conocido. Incluso recordó lo que se me había olvidado en ese momento, que nuestra relación no había surgido en Managua, sino antes, en México, donde Elisabeth y yo, en compañía del doctor Salvador Guerrero Montalván y su señora, lo habíamos visitado en la embajada. Eso fue en 1933. Después de una larga y amistosa conversación sobre recuerdos en común, así como sobre los objetivos de mi viaje en ese momento a Colombia, Mr. Lane me invitó a volver a verlo al día siguiente a la una y luego ir con él a su casa para almorzar. Me comentó que probablemente podría en esa ocasión renovar otras viejas relaciones.

Cuando llegué a la hora concertada a la embajada pude saludar en primer lugar a Mrs. Lane, quien me presentó a los esposos Warren Fletcher, que también habían estado en la embajada de Managua, pero después de nuestra estadía allí; por lo que me acordaba, a Mr. Fletcher no lo había conocido en Managua, sino en Washington. En la casa de Mr. y Mrs. Lane encontré, entre otros, a Mr. Davies, quien al momento del terremoto de Managua había sido embajador de los Estados Unidos en Panamá, donde lo había visitado; ahora trabajaba para la Rubber Reserve Co., fundada para objetivos de guerra, y estaba a punto de seguir viaje a Quito.

En una conversación animada y agradable pasaron rápidamente unas dos horas en casa de los Lane. De alguna manera se tocó el tema de los caballos y Mr. Davies me contó que hacía poco había tenido que cerrar un criadero de caballos del gobierno en Maryland y que en caso de habernos encontrado antes me hubiera podido permitir elegir entre una cantidad de animales de silla finísimos a un precio modesto. ¡Qué lástima, pero ahora era demasiado tarde! Después de la comida regresé a la ciudad con Mr. y Mrs. Lane y una Mrs. Benson, cuyo marido también estaba en la embajada. Mr. Lane se bajó en la embajada. A mí me invitó Mrs. Lane, de no tener otros planes, a ir con ella y Mrs. Benson a ver una película y después a dar un paseo para mostrarme los barrios nuevos de Bogotá. Con gusto acepté la propuesta y pasé de esa manera una tarde muy amena. Con Mr. Lane había acordado visitarlo una vez más antes de mi partida. Le había contado que tenía la intención de visitar al presidente López, a lo que Mr. Lane me dijo que le hiciera saber si tenía alguna dificultad para concertar la visita, en ese caso él podría organizar lo que fuera necesario para que yo pudiera lograrla. Le agradecí mucho su amable ofrecimiento, pero creía que podría obtener sin dificultad

una entrevista, como fue el caso. Mr. y Mrs. Lane me comunicaron que nos veríamos unas semanas más tarde en Cali, lo que también se cumplió.

Una de mis primeras visitas en Bogotá había sido al Ingenio Central del Tolima S. A. para preguntar sobre el estado de las cosas en la plantación. Allí escuché, entre otros asuntos, que mi antiguo banco, el actual Banco Comercial Antioqueño, le había concedido a la empresa un cuantioso crédito, y que sería interesante para mí mantener una conversación con el banco al respecto. Ya había decidido presentarme en el banco y por esto le solicité al director del ingenio, señor Silvio Cárdenas, anunciarme, lo cual hizo sin demora.

El gerente de la sucursal del banco en Bogotá era Gonzalo Córdoba, el mismo que había sido años atrás superintendente de este. No lo había visto desde 1929, así que nuestro saludo y primeros comentarios fueron, por lo tanto, muy formales. Sin embargo, muy rápido nuestra conversación se tornó amistosa y en el transcurrir del tiempo cada vez más abierta. Por supuesto, de forma espontánea la conversación cayó en el tema del banco y fue muy interesante para mí escuchar de Córdoba cómo se habían desarrollado las cosas en él desde el comienzo de la guerra.

Después de eso el banco, a pesar de su condición de empresa colombiana, se convirtió cada vez más en un centro del partido nazi en Colombia, cuyas metas fueron apoyadas en gran medida sin el conocimiento del Consejo de Supervisión colombiano. Esta circunstancia habría llevado finalmente a la medida de tener que eliminar el elemento alemán.

Córdoba se manifestó muy elogioso por las actividades del banco antes del tiempo nazi y reconoció gustosamente que este había sido, desde su fundación, un elemento beneficioso e importante en la vida económica colombiana. Elogió los principios conservadores por los cuales siempre fue conducido y dijo que la actual dirección colombiana estaba por completo decidida a mantenerlos.

Del anterior personal no colombiano me contó que solo habían quedado dos personas. Uno de ellos, un excompatriota mío, Anton Derka, era oriundo de Viena, había adquirido la nacionalidad colombiana y seguía siendo el vicedirector de la central del banco en Medellín; ocupaba un puesto de confianza y parecía ser muy estimado. El otro extranjero era un joven bancario alemán que se había mantenido alejado de toda actividad partidaria nazi.

Córdoba me preguntó si había escuchado algo sobre el banco en Bremen, lo que hube que negar. De hecho, varios años antes del estallido de la guerra no había tenido relaciones con el banco, a excepción de una pequeña cuenta. Con referencia a los miembros del Consejo de Supervisión de Bremen, Córdoba opinaba que según sus impresiones no había entre ellos ninguno con cualidades especiales. ¡Hubiera sido difícil contradecirlo en esto! De

la gerencia de la empresa A. Held, que siempre estuvo convencida de su derecho a influenciar decisivamente sobre la dirección del banco, Córdoba tampoco tenía una opinión muy elevada. También en esto tuve que darle la razón, pero subrayé que el fundador de la empresa, el anciano señor Adolf Held, había sido un hombre muy capaz; lamentablemente, no había dejado un sucesor idóneo.

Córdoba expresó su pesar por el hecho de que la antigua colonia alemana, tan estimada antes, había sido llevada a la triste situación actual debido a la nefasta política del gobierno nazi. Sin embargo, diversas acciones de los nazis organizados habían sido de tal índole, que ningún gobierno independiente podía permitirlos. Él se refería a manifestaciones políticas públicas, ostentación de uniforme y cosas parecidas.

En el curso de la conversación Córdoba me ofreció sus servicios, es decir, los de su banco, y no dudé de que lo hacía con sinceridad. Respecto al Ingenio Central del Tolima S. A., se mostró bien informado y se manifestó de manera muy favorable sobre la empresa; él ya lo había visitado en una ocasión y me solicitó que después de mi visita le escribiera sobre qué impresión me había causado. Se lo prometí con gusto y pude cumplir con mi palabra poco después desde Medellín. Me despedí de Córdoba con la promesa de visitarlo una vez más antes de mi partida de Bogotá.

La cantidad de mis conocidos en Bogotá ya no era tan grande como había sido antes, pero aún era lo suficiente para ocupar el corto tiempo de mi estadía en la ciudad. La naturaleza de mis conocidos también era tal que a través de ellos me pude informar fácilmente sobre los hechos más importantes en el país.

Un buen y viejo amigo era, por ejemplo, Luis Londoño, el director del Banco de Bogotá, en la actualidad el más grande de Colombia. Otro era su hermano Heliodoro, director de la Compañía Colombiana de Seguros, la única compañía de seguros en el país. Ambos eran oriundos de Medellín, me conocían desde hacía décadas y me daban todas las informaciones solicitadas con total franqueza. Entre los banqueros extranjeros conocía bien al director del National City Bank, Frank D. Smith.

Un viejo conocido, con el cual compartía a menudo en la noche, era Jaime Gutiérrez, hombre de confianza y anterior agente de Amsinck, Sonne & Co. Él se merece un capítulo aparte, pues era una persona muy peculiar. Provenía de Manizales, donde había nacido hijo de un padre rico, cuyo talento para ganar dinero había heredado en gran medida, pero ninguna otra cosa más. Era multimillonario, también en dólares, pero no sabía qué hacer con su riqueza, excepto ganar más dinero. Estaba casado con la hija de uno de los hombres más ricos de Colombia, el atrás mencionado Alejandro Ángel, ya fallecido. El

matrimonio, del cual surgió solo un hijo no muy sano, no era feliz. Hacía años que la mujer vivía con el hijo enfermo en Nueva York, mientras que don Jaime residía en una miserable habitación del hotel Granada en Bogotá. Escuché que la mujer vivía asimismo de forma modesta. Al principio había supuesto que don Jaime ocupaba una habitación especialmente buena en el hotel, pero no, ocupaba cualquier cuarto que justo estuviera disponible cuando volvía a Bogotá de uno de sus ocasionales viajes. ¡Era tan ahorrativo, que siempre dejaba la habitación, aunque solo se ausentara pocos días! Siempre fue atento conmigo. Tenía una oficina bastante bonita en el edificio de la Bolsa de Bogotá, de la cual siempre me daba una llave para usarla sin molestias durante mi estadía en la ciudad. No tenía empleados. Esto era muy cómodo para mí, porque de esa manera me permitía ocuparme con toda tranquilidad en mis asuntos o bien escribir mis cartas. Don Jaime estaba perfectamente informado sobre todas las cuestiones políticas y económicas, excepto que al evaluar cada una de sus declaraciones se debía tener en cuenta que pertenecía al ala más extrema del Partido Conservador y le resultaba difícil juzgar de otro modo que no fuera desde esa perspectiva. Pero prescindiendo de este detalle, encontré siempre su opinión sincera y confiable. Si nos encontrábamos al atardecer en el hotel, con frecuencia salíamos después de la cena a dar un paseo. Algunas veces visitamos juntos un cine-teatro. El único domingo que pasé en Bogotá paseé en auto con él, en esa ocasión me mostró el Country Club. Cuando este fue fundado se encontraba en las afueras, y ahora la ciudad, que se había extendido marcadamente en esa dirección, lo había alcanzado y se planeaba su traslado.

A pesar de sus numerosas relaciones comerciales don Jaime parecía llevar una vida solitaria y se alegraba mucho cuando podía hacerle compañía en la noche. En mi opinión, llevaba una vida aburrida, pero no creo que él lo sintiera así, siempre estaba de buen humor, sin altibajos.

El 26 de enero de 1943, a las cuatro y media de la tarde, había sido convocado para visitar al presidente Alfonso López. Tuve que esperar bastante antes de ser admitido porque varias personas, entre ellas un senador conocido mío, se habían presentado antes y aparentemente ocuparon el tiempo del presidente más de lo previsto. Al final él apareció en la puerta de su despacho para despedir al senador, me vio, me hizo una seña cordial y me pidió pasar a su despacho.

Yo tenía un motivo comercial que había usado en realidad como pretexto para poder entrevistarme con el presidente. Además, el doctor Ernesto González Piedrahita, de Cali, me había dado una carta dirigida a él, con quien mantenía una amistad personal, y en ella me recomendaba con el comentario de que en vista de mis numerosos viajes quizás estuviera en condiciones de

contarle algunas cosas que le podrían interesar, pero no necesité presentación porque el presidente me saludó de inmediato como a un viejo conocido.

Estaba de muy buen humor y tenía buen aspecto. Después de haber hablado sobre la cuestión comercial y, tal como yo había temido, lamentando no poder ayudarme al respecto, conversamos largo sobre cuestiones políticas, económicas y sociales que en ese momento ocupaban la atención general, y debo confesar que consideré muy sensatos y razonables los puntos de vista expresados por López. En aquel momento solo llevaba medio año de su segundo período gubernamental y me dije que si actuaba acorde a estas opiniones su gobierno sería muy exitoso. Parecía estar interesado en nuestra conversación, pues no hacía ningún intento por acortarla. Su despacho, amplio, sin lujo, pero bien amoblado, no tenía ventana hacia el norte, sino una pared de vidrio, a través de la cual podíamos observar una tormenta que justo se desencadenaba sobre la sabana de Bogotá. Cuando después de más de hora y cuarto se anunció una visita tardía, me despedí llevándome una excelente impresión. Yo no era el único que la tenía, por el contrario, en general el gobierno de López era conceptuado en ese momento de forma favorable y generaba muchas expectativas; lamentablemente, su evolución posterior se encargaría de destruir esas esperanzas.

Durante los dos días siguientes hice varias visitas, incluida una de despedida a Mr. Lane. También pude saludar de paso a la viuda y los hijos de mi fallecido amigo Otto Kemmler; financieramente no les iba mal, pero ¡claro!, estaban con el ánimo decaído.

El 29 de enero de 1943, a las siete de la mañana, me llegaron a buscar del Ingenio Central del Tolima S. A. para llevarme a la plantación y la fábrica acompañado por dos empleados de alto nivel. Estaba muy contento por hacer este viaje, que me llevaría a través de una ruta hasta ahora desconocida para mí. Lástima que el placer fue menoscabado considerablemente por un resfrío contraído el día anterior, que me había generado malestar estomacal.

Durante la primera hora de viaje por una carretera nueva, ancha y bien construida a lo largo de la altiplanicie de Bogotá hasta Facatativá, no me sentía aún tan mal. Pero cuando el camino consistió durante varias horas casi solo de curvas cerradas y descendimos muy rápido al calor de la tierra baja, me empezó un violento dolor de cabeza que me abandonó solo cierto tiempo después de la llegada a Pajonales.

A pesar del malestar estaba muy interesado en contemplar el paisaje, que en la parte media de nuestro viaje era más o menos nuevo para mí. El trayecto a la Sabana de Bogotá lo recordaba bien. Las pequeñas localidades que atravesamos no habían cambiado mucho en los treinta y dos años de mi primera llegada a Bogotá. La ciudad de Facatativá, que solía distinguirse por una gran

cantidad de granjas, rodeadas por altos muros de barro y usadas para el alojamiento de cientos de animales de silla y carga con los cuales se realizaban los transportes, había mejorado muy poco. La mayoría de la población todavía tenía el mismo aspecto sucio de antes. A pedido de mis acompañantes, nos detuvimos frente a un pequeño restaurante, donde se recomfortaron con una taza de café y otras pequeñas cosas, de la fatiga del viaje. Después de abandonar Facatativá, seguimos por largo tiempo el viejo camino de herradura hacia Honda, que ahora conducía hacia una carretera. Poco después de haber cruzado el paso de montaña de más de tres mil metros de altura, desde donde nuevamente tuvimos una vista panorámica de la altiplanicie de Bogotá, el camino a Honda se desvió hacia la derecha, mientras que nosotros seguimos la vía que conducía a la pequeña localidad de Cambao, ubicada junto al Magdalena. Casi sin interrupción y por innumerables curvas, a menudo muy cerradas, íbamos ahora descendiendo la montaña. El único tramo recto del camino se encontraba poco antes de la entrada a Cambao.

Paisajísticamente la región era casi siempre hermosa. Sin embargo, la agricultura me pareció en general pobre. Las pequeñas plantaciones de café, cuya región atravesamos primero, todavía tenían un aspecto algo más productivo, pero las pequeñas fincas ubicadas por debajo de la zona de cafetales, en las regiones más calurosas, eran en su mayoría muy pobres, solo tenían escasas plantaciones de maíz, yuca y plátano, además de un poco de ganado, y daba la impresión de que los dueños apenas podían obtener justo lo indispensable para sobrevivir. Las personas mismas no daban impresión de ser fuertes; probablemente los individuos más enérgicos habían emigrado a áreas donde podían encontrar mejor remuneración a cambio de su trabajo.

Tuve que admirar el apetito que el viaje provocó en mis acompañantes. En la región de cafetales habíamos parado, supuestamente, para ponerle agua al motor, pero la ocasión fue aprovechada para comer de nuevo, así fuese una pequeñez. Al llegar a la región calurosa nos detuvimos otra vez, con la misma finalidad, en un hermoso mirador, y desde entonces mis acompañantes siguieron hablando de lo bueno que eran los pescados fritos, que se conseguían por lo general en Cambao. Se disculparon conmigo por esas ganas ininterrumpidas de comer, pero no se mostraron inhibidos. Por mi parte, me sentía demasiado mal como para querer comer algo. Además, los deleites ofrecidos no me parecieron tan tentadores. Me dije que el almuerzo esperado en la plantación debía ser de todas maneras algo mejor que lo ofrecido al costado del camino. Después de haber cruzado el Magdalena en una balsa de motor, llegamos pronto al pueblo de Ambalema por una calle bastante buena y recta, y poco después a la hacienda Pajonales, donde se encontraban la plantación de caña de azúcar y la fábrica.



Allí me dieron una habitación sencilla, pero limpia, incluso con baño propio. El almuerzo tardío cumplió con mis modestas expectativas y después salí a caballo con uno de los directivos para conocer la hacienda. Esa tarde visitamos solo la fábrica, aún en construcción, y el embalse artificial, el único medio por el que la plantación estaba a salvo y del que estaban muy orgullosos. A media mañana del día siguiente cabalgué con el administrador hasta el comienzo del largo canal a través del cual se mantenía lleno al lago artificial. Me pareció una obra muy bien construida, pero cuyos costos también habían sido muy altos. En el camino de regreso pasamos por una parte con jungla que justo la estaban haciendo cultivable para la plantación de caña de azúcar. Por primera vez vi en Colombia cómo se hacía ese trabajo de manera simple, mediante excavadoras y con relativamente poca mano de obra. Los árboles pequeños eran sencillamente derribados y los más grandes arrollados con la topadora de una forma tan violenta que se bamboleaban y luego con un golpe potente eran tumbados. Después, la misma excavadora retiraba los troncos desarraigados a un costado, donde eran amontonados y quemados si la madera no era suficientemente buena para aprovecharla. El suelo quedaba en tal forma que podía ser arado de inmediato.

¡Qué difícil había sido este trabajo antes! Siempre lo había visto ejecutar con hacha y machete, y también había ayudado a hacerlo, sin embargo el suelo conquistado de esa manera solo se podía labrar con la mano muchos años después. La extracción de las raíces en forma manual hubiera sido demasiado costosa y el empleo del arado era por eso imposible.

En la tarde hice una extensa cabalgata con el capataz a los campos de caña por las plantaciones. Al comenzar el atardecer nos encontrábamos a orillas del Magdalena, donde nos instalamos en un lugar fresco cerca del agua y contemplamos una hermosa puesta de sol. El río ancho y de fuerte corriente estaba —hasta donde se podía ver— bordeado por altos árboles. Con excepción de unas chozas en el lugar donde nos habíamos detenido, no se veía ningún asentamiento humano, tampoco se vislumbraba embarcación alguna en el agua. Frente a nosotros, pero a gran distancia, veíamos las montañas de Bogotá. Después de pasar una hora contemplando ese hermoso lugar, montamos nuestros caballos descansados, que ahora estaban muy apurados por llegar a casa. Cerca de las siete de la tarde regresamos a la casa, donde estaban algo preocupados por nosotros.

Las dos noches que pasé en la hacienda fueron, a diferencia del gran calor diurno, agradablemente frescas. Me contaron que la gran diferencia entre la temperatura nocturna y diurna era una de las características climáticas de la región y una condición obligatoria para el buen desarrollo de la caña de azúcar. Al atardecer y al amanecer, durante los dos días de mi estadía en

Pajonales, pude ver bien el nevado del Ruiz, que probablemente no estaba más lejos de unas cien millas.

El 1 de febrero de 1943, un domingo, cerca de las nueve de la mañana, me llevaron en automóvil de la hacienda a la pequeña ciudad vecina de Armero, que se encuentra en la ladera de la cordillera Central. El pueblo es un importante centro de producción de café y arroz, y desde allí quería hacer una visita a Manizales, decidida por mí en Bogotá. Después de que todos mis esfuerzos a través de la mediación del gobierno en Bogotá habían sido infructuosos para lograr un arreglo con el de Caldas respecto al pago de los casi doscientos mil pesos en bonos que este adeudaba a mis amigos Amsinck, Sonne & Co. desde 1927 sin haber pagado ni una sola vez los intereses, esta vez quería intentar negociar personalmente con el gobierno departamental. En mis visitas anteriores a Colombia esto no hubiera tenido sentido, porque la situación financiera del departamento no era buena y se me había dicho que el asunto no podía regularse sin la intermediación, es decir, sin la ayuda del Gobierno nacional. Pero ahora sabía que el pudiente departamento de Caldas estaba de nuevo en buenas condiciones financieras, por lo tanto, las negociaciones directas parecían convenientes. Esta era también la opinión del embajador, señor Arthur Bliss Lane, quien sin titubeos me había aconsejado hacer el intento. Para ayudarme me entregó gentilmente una carta a un viejo residente norteamericano en Manizales, un tal G. H. Heilbron, de quien pensó que al menos me podía facilitar el contacto con las personalidades indicadas. Yo también conocía a Heilbron, pero no lo había visto en al menos veinte años. Incluso mi amigo Jaime Gutiérrez, quien tristemente era copropietario de los bonos antes mencionados, me aconsejó el viaje, a pesar de admitir con sinceridad el no haber obtenido ningún éxito en sus reiteradas gestiones en Manizales.

Cuando llegué a Armero tuve que constatar con desilusión que debido al pésimo estado de la ruta el tránsito automotor regular a Manizales había sido suspendido. Sin embargo, si quería persistir en mi propósito, tenía que hacer el intento de alquilar un auto para mí solo. Esto lo logré con cierto esfuerzo por un precio bastante alto para los parámetros colombianos. Cien pesos me costó llegar a Manizales y después de un día de estadía regresar a Honda. El automóvil ofrecido, un Ford Lincoln, con neumáticos aún buenos y en buen estado general, era lo único factible para ese viaje que se consideraba difícil, y por lo tanto no tuve otra opción. Después de despedirme de mis amigos de la hacienda azucarera, partimos entre las diez y once de la mañana. Sentía expectativa en cuanto al viaje, del cual sabía que pasaba por paisajes interesantes, los había recorrido una vez muchos años atrás, en aquel entonces a caballo.

El primer trayecto de nuestro viaje, de Armero a Mariquita, transcurrió a través de una zona relativamente llana, bastante poblada. Mientras que el suelo aquí antes era utilizado casi con exclusividad para pastura de ganado, ahora estaba en su mayor parte cultivado, de manera parcial con máquinas. Se cultivaba arroz, maíz, yuca, fríjoles, etc. Al salir de Armero pasamos por un instituto de aspecto moderno, en el cual se mantenían serpientes venenosas para la obtención de antídotos. Era para mí una novedad que algo así existiera en Colombia.

Poco después de Mariquita comenzó el ascenso, cada vez más empinado a medida que nos introducíamos en las montañas. Muy pintoresca era la vista sobre el llano de Mariquita, que había quedado detrás de nosotros, con las empinadas cadenas de montañas que lo limitaban. Lejos se podía divisar el valle del Magdalena y detrás de él las montañas de Bogotá. Pronto entramos a la zona de las plantaciones de café, y alrededor de la una de la tarde llegamos a la pequeña ciudad de Fresno, donde paramos frente al restaurante de un chino para hacer un alto al mediodía. El restaurante no se destacaba por su aseo, pero la comida era realmente buena.

Poco después de Fresno desaparecieron los cafetales, y la tierra, en la medida en que se hizo utilizable, se cubrió de pasturas para el ganado. El camino continuaba a través de cumbres y a lo largo de laderas montañosas cada vez más empinadas. Amplias vistas se abrían sobre profundos valles. A lo lejos veíamos localidades, como Manzanares, Corozal, etc., cuyos nombres me eran aún conocidos de mis tiempos con Pehlke.

Luego de pasar por la localidad de Soledad comenzó el trecho más difícil. Ahora el camino consistía de curvas y se enroscaba con gran velocidad hacia arriba en una pared de roca muy alta y empinada. En algún punto encontramos aún viejo bosque, tupido y con más de un tronco viejo y poderoso. La vegetación ya no tenía características tropicales. Donde la pendiente no era demasiado empinada, se había convertido en algunos lugares en pasto para ganado. Pero los pobres animales pastaban allí bajo peligro de muerte. En un sitio encontramos unos hombres ocupados en fraccionar una res que había caído de uno de estos prados rocosos y se había quebrado la columna vertebral. Como me dijo el chofer, esto era un suceso frecuente.

Poco antes de atravesar el paso de montaña hay que cruzar los puntos más peligrosos de la carretera. Con gran dificultad había sido empujada con explosivos lateralmente hacia la pared rocosa. En algunos sectores aún colgaban las sogas con las que los obreros habían descendido para perforar los agujeros donde se depositaba la carga. Como me dijo el chofer, durante este peligroso trabajo más de un obrero había perdido la vida. Con desagrado, nos metimos en la niebla de esta área incómoda y seguimos a marcha lenta por el camino

sinuoso, no muy ancho, que en dirección al profundo precipicio no tenía muro de protección alguno. Por cierto, el chofer afirmaba conocer cada vuelta del camino en detalle, pero tampoco ocultó su alivio cuando llegamos al paso de montaña y salimos de la niebla. Desde allí hasta Manizales tuvimos un buen viaje, por una ruta relativamente buena.

Nos encontrábamos en la época de lluvias y el paisaje de Manizales lucía por eso el verde más bello y tenía aspecto de recién lavado. Con buen ánimo hicimos la última parte del viaje, que nos llevó por zonas aún frescas en mi memoria. Entre las cuatro y cinco de la tarde, llegamos al destino. Me alojé en el aún bastante nuevo hotel Escorial, el mejor de la ciudad. La habitación era aceptable y el servicio más o menos amable; el edificio, en cambio, estaba mal distribuido, era oscuro y poco acogedor. La comida, de calidad muy modesta.

Después de limpiarme el polvo del viaje y cambiar el traje tropical blanco por uno de paño más adecuado al clima, partí en un paseo de reconocimiento por las tranquilas calles domingueras. Pude haberme contactado fácilmente por teléfono con Mr. Heilbron, que me había sido recomendado por Mr. Lane, pero preferí pasar la tarde restante solo y aprovecharla para volver a recorrer otra vez la ciudad en la cual no había estado desde 1935.

Tenía aspecto aseado y ostentaba algunos nuevos edificios imponentes, pero en general había conservado su anterior carácter de ciudad pequeña. Terminé el día con una visita al cine-teatro, situado aproximadamente en el lugar donde había vivido August Borné en 1915 y yo había sido su huésped.

A la mañana siguiente me levanté temprano para dar un paseo antes de las actividades comerciales, por la así llamada carretera, desde donde se tenía la mejor vista a las montañas nevadas del Ruiz, como ya lo sabía de antes. ¡Tuve suerte! Era una mañana despejada, hermosa, y pude disfrutar de la vista, sin que fuera menoscabada por las nubes, como había sido el caso en mi arribo la tarde anterior.

A pesar de haber estado largo tiempo en mis puntos panorámicos, debí constatar al regresar a la ciudad que hubiera podido invertir aún mucho más tiempo en mi paseo, porque ninguna de las personas a las cuales tenía que visitar se había hecho presente en su oficina. Era lunes, y como descubrí, un día bastante desafortunado para mis intenciones, pues acorde al carácter rural de la ciudad muchos comerciantes pasaban el fin de semana en sus propiedades agrícolas ubicadas en los alrededores, que no eran simples casas de campo. Así por ejemplo, Sinforoso Ocampo, el director del Banco de Colombia, que era un viejo conocido mío, durante los días laborales era director de banco, pero el fin de semana, un hacendado. Me dijeron que no se lo esperaba hasta la tarde en el banco. Así fue en casi todos los lugares, y vi que del breve día que me había reservado para la estadía en Manizales perdería la mitad.

Por suerte logré contactarme con Mr. Heilbron a media mañana y me presentó a un doctor Ernesto Arango Tavera, quien hasta hacía poco tiempo había administrado las finanzas del departamento y por lo tanto estaba bien informado sobre mi asunto. No me dio esperanzas en cuanto a un previsible éxito de mi misión, pero prometió conseguirme para la tarde una conferencia con el gobernador, el doctor Alfonso Jaramillo Arango. Así fue, y cuando me presenté a la hora convenida en el edificio gubernamental encontré allí al gobernador con todo su gabinete, esperándome.

Le expliqué a la asamblea mi cuestión y manifesté sin rodeos mi opinión: que no era honroso para un departamento así de rico olvidar tantos años una deuda, tanto más cuanto era una suma de dinero que fue adelantada al gobierno en un momento de gran apuro.

Mis argumentos eran visiblemente embarazosos para los caballeros y no sabían muy bien qué decir al respecto. No podían negar que el departamento era solvente y afirmaron, también, que estaban totalmente dispuestos a pagar. Pero la pregunta era a qué cambio podrían readquirir los bonos. Dije que, por supuesto, se debía devolver la suma que había sido prestada, aunque tal vez sin intereses. Pero se me contestó que no era posible teniendo en cuenta a la opinión pública, informada del hecho de que otros bonos, otorgados más o menos en el mismo momento en Nueva York, actualmente solo redituaban del quince al quince y medio por ciento de su valor nominal en la Bolsa de Nueva York. Si el gobierno me reconocía un cambio más alto sería motivo de agresión contra ellos por parte del público. Yo tenía mucho para aducir contra ese planteamiento, sin que se me pudiera contradecir, pero siempre se volvía a la supuesta imposibilidad de poder justificar ante la opinión pública un precio más alto. Al final no pude lograr nada más que la promesa de recomprar los bonos en el caso de que se los dieran al precio de la bolsa neoyorquina.

Temía desde un principio que este fuera el final y por eso, a pesar de presentar mis protestas, interiormente no estaba sorprendido del resultado. Me despedí con la promesa de informar a Nueva York y dejar la decisión en manos de Amsinck, Sonne & Co.

En mi informe a Nueva York recomendé la aceptación de la propuesta, frente a la desesperanza de encontrar una solución más favorable. Allá compartieron mi opinión y se vendieron los bonos, recibiendo por cada dólar prestado quince centavos y medio de vuelta. Los intereses correspondientes al tiempo transcurrido desde 1927 no fueron pagados.

Después de finalizar las negociaciones tuve unas horas de tiempo libre, que utilicé para unas visitas y enseguida de ellas para un paseo. Pasaba la velada en la casa de Mr. Heilbron, ubicada algo fuera de la ciudad, un tanto apartada de la carretera.

Poco antes de oscurecer, Heilbron me buscó en su auto. En casa de él conocí a su esposa, que tenía a dos matrimonios de Manizales de visita y se despidieron pronto. Uno de ellos era el hijo de Carlos Pinzón, al cual había conocido en 1914 en Manizales, con su esposa. En el transcurso de la breve conversación que tuve con él me contó que en su opinión esa ciudad estaba experimentando un retroceso irreversible. Esto coincidía con mi enfoque. Según mi parecer, la ciudad vecina de Pereira ya había superado a Manizales desde hacía mucho tiempo.

El matrimonio Heilbron me había invitado a una cena sencilla. Como es bastante común al anochecer en Manizales, el clima se tornó bastante frío. Por lo tanto, nos retiramos a una pequeña habitación con chimenea, que hubiera sido muy agradable si no hubieran dejado entrar también a los siete (!) perros de la casa. No tengo nada contra estos, aunque no soy tampoco un fanático confeso de ellos... cuando la cena fue servida en pequeñas mesas bajas, con gusto hubiera renunciado a la compañía de la perrería, que vorazmente se agrupaba alrededor, sin mencionar que su olor se hacía notar desagradablemente en el reducido ambiente. ¡Luego me contaron que unos días antes en la noche habían robado los neumáticos de un auto estacionado frente a la casa, sin que ni ninguno de estos muchos perros informaran, y tuve la sensación de que su presencia era aún más superflua!

Había programado mi partida de Manizales a la mañana siguiente, y como antes debía hacer unas cuantas diligencias, me despedí no demasiado tarde del matrimonio Heilbron. Me llevaron en su coche al hotel.

A la mañana siguiente —2 de febrero de 1943— visité una vez más al doctor Ernesto Arango Tavera y a Sinforoso Ocampo. Luego hice un paseo, entre otros lugares, al mercado cubierto, que en 1915 había financiado. No causaba una buena impresión, y como ya me habían dicho, se estaba planeando reemplazarlo por un edificio más grande y mejorado. Al regresar al hotel, pedí el coche. Partimos entre las diez y once de la mañana. Antes de que saliéramos de la ciudad hice que el conductor me llevara al punto panorámico más alto de ella, desde donde se tenía una excelente vista en dirección a Pereira. Luego iniciamos el viaje a Honda.

Uno de los directivos del hotel, Londoño si mal no recuerdo, me había contado que había sido buen amigo de mi hermano Franz y lamentó mucho su temprana muerte. Opinaba que si Franz se hubiera quedado en Manizales, donde le había ido bien, se sentía cómodo y era muy estimado, quizás estaría aún con vida. En Cali nunca se había integrado completamente, lo cual contribuyó a que con el tiempo se volviera tan hostil. Es posible que el hombre tuviera razón.

Había buen tiempo y avanzamos durante la primera hora del viaje velozmente. De repente nos detuvieron y se nos dijo que debíamos esperar hasta

que se despejara un tramo de la carretera, ya que había ocurrido un deslizamiento de tierra durante la noche debido a una lluvia torrencial. El lugar se hallaba al otro lado de una curva cerrada de donde nos encontrábamos, por eso no habíamos podido ver el desastre desde lejos. Nos bajamos y vimos que quizás la mitad de la ruta había caído en el precipicio de unos cincuenta metros de profundidad. A cierta altura del viejo camino, un grupo de obreros y una niveladora estaban ocupados en abrir un carril nuevo en la cuesta, que descendía de forma moderada en ese lugar. Me dijeron que el trabajo estaría terminado en unas pocas horas; hasta entonces, tendría que esperar. Observé el trabajo cierto tiempo en compañía de mi chofer y gradualmente nos convencimos de que la terminación de la vía no era cuestión de unas horas, sino más bien de unos días. Al analizar qué podíamos hacer se nos ocurrió que el camino viejo, a pesar de estar en su mayor parte derrumbado, aún era lo suficientemente ancho como para quizás poder cruzar empujando el auto con gran cuidado. Tan pronto expresamos la idea en voz alta algunos obreros me dijeron que un grupo de ellos estaría listo para hacer este intento si yo estaba dispuesto a pagarles ocho pesos por ello. Le pregunté a mi chofer si deseaba correr el riesgo del automóvil, porque no quería ser responsable si caía al abismo. Él dijo que sí sin dudarlo. Acto seguido se puso al volante y los hombres comenzaron a empujar y arrastrar. Al principio se avanzó bastante bien, pero cuando se llegó a la tierra caída, húmeda y suelta, quedó atascado. La situación era incómoda, pues el lugar era tan angosto que solo una determinada cantidad de hombres podía llegar al coche, y sus fuerzas combinadas no eran suficientes. Por fortuna apareció en ese momento un camión con cuyo chofer negociamos y él se mostró dispuesto a remolcar nuestro auto con ayuda de una sogá larga, pasando por el lugar fangoso, por una remuneración de dos pesos. Esto se hizo con gran precaución, pues el suelo debajo de nosotros temblaba y constantemente se deslizaban terrones de tierra hacia abajo. Pero con la ayuda de la sogá, de los obreros que empujaban, y, al final, de nuestro motor, el intento fue exitoso y, respirando aliviados, nos encontramos de nuevo en suelo firme. Tras una demora de más de dos horas pudimos continuar nuestro viaje. Tal como nos había dicho el conductor del camión, la carretera delante de nosotros estaba transitable en todo el trayecto, a pesar de presentar algunos trechos en malas condiciones. Esta indicación fue confirmada y llegamos sin mayores dificultades cerca de las cuatro de la tarde a Honda.

Quería visitar la tumba de Herbert allí. Por lo demás, deseaba poder continuar mi viaje a Medellín lo más pronto posible. Apenas me había instalado en mi habitación del hotel América, me informaron que podía seguir viaje esa misma noche con un vapor expreso desde La Dorada si no me importaba



gastar treinta pesos, que sería el precio para el alquiler de un auto que me llevaría hasta esa localidad. El precio era bastante alto para el trayecto de una hora, pero incluía la visita al cementerio, por la que había venido en realidad a Honda. Como tenía suficiente tiempo para todo, acepté. Fuimos enseguida al cementerio, donde encontré la tumba en buenas condiciones, pero para mantener el interés del administrador acordé con él que debía volver a pintar el bloque de cemento que cubría la tumba, con cemento blanco. Le pagué los gastos y le dije que encargaría a un amigo en Honda el control del trabajo. Esto lo hice luego desde Medellín, a través de mi viejo buen amigo Manuel Escobar. Unas semanas después me enteré por él que el administrador del cementerio había cumplido con el encargo de manera inmediata y honestamente.

Al salir del cementerio regresé al hotel, cargué el equipaje en el auto y partí a La Dorada. Además del hecho de que ya no tenía nada más que hacer en Honda, me era grato poder irme lo más rápido posible, debido a otra razón: a mi llegada había visto a la señora Heinatz, la viuda de Hans Heinatz, fallecido unos años atrás, en la cercanía del hotel, y me di cuenta de que me había reconocido. Me habían contado que ya no vivía en Honda, sino en Armero, por sus hijos, debido a su mejor clima, y por eso quedé algo sorprendido al verla de nuevo en la localidad. Había escuchado años atrás rumores muy desfavorables sobre el carácter de esta mujer; sin embargo, nunca los había tomado en serio, en especial después de mi visita en 1939, me parecieron groseras exageraciones o calumnias, lo que también expresé frente a diversos conocidos. Después de la muerte del pobre Heinatz la mujer misma confirmó, empero, a través de su comportamiento, la veracidad de los rumores que circulaban hacía años sobre ella, y toda duda quedó desvirtuada. Así que no tenía ningún deseo de encontrarme con ella, pero temía que me visitara. Ya una vez le había escrito a Elisabeth pidiéndome ayuda por medio de un escrito en el cual no se había atenido demasiado a la verdad, y era de suponer que usaría mi presencia en Honda para repetir el intento. En Cali y Bogotá ya había preguntado si era posible hacer algo por los niños, que en general eran tenidos en muy buen concepto, pero se me dijo que eso sería imposible, ya que en oportunidades anteriores había utilizado siempre las ayudas destinadas a sus hijos, para ella. Desde Armero se me había dicho que siempre cobraba personalmente el pequeño sueldo que el hijo mayor ganaba allí como ayudante de un mecánico. En vista de estas circunstancias, estaba muy contento de poder abandonar Honda lo más rápido posible.

La ruta a La Dorada era bastante buena, aunque muy polvorienta, lo cual solo percibía, mas no veía, ya que había oscurecido. Cerca de las ocho de la noche llegué a La Dorada. Cuando busqué el pasaje en la oficina de la

compañía, la Naviera Colombiana, me informó el empleado que una señora Heinatz de Honda le había dado el encargo urgente de solicitarme que la llamara enseguida por teléfono. Le contesté al hombre que en este momento no tenía tiempo para eso. Me dijo que estaban agotados ya todos los camarotes en el vapor Guadalupe, pero quizás podría alquilar el de un empleado si me apuraba, por eso subí de inmediato a bordo, donde logré alquilar el de uno de los timoneles. Aunque pagué un precio algo alto por una noche, el camarote estaba sucio y debió haber sido allí donde contraje los piojos, que me descubrí unos días más tarde. Hubiera sido mejor haber pasado la noche sentado en una silla.

Después de recibir una modesta cena en el barco, regresé a la oficina de la Naviera y pregunté al administrador, un hombre de aspecto confiable llamado Rodrigo Cuartas, si conocía a la señora Heinatz. Al principio me contestó muy dubitativo y cauto, pero poco a poco se volvió más franco y finalmente me contó la triste historia del matrimonio Heinatz y de la viuda. Confirmó los rumores desfavorables que circulaban sobre ella años atrás. Del hombre habló muy bien. Este era muy estimado en Honda y en La Dorada, a pesar de que tiempo atrás había sido reconocido como el tonto que siempre fue. De los hijos habló positivamente, pero tampoco supo decir cómo se les podía ayudar. Estuvo de acuerdo conmigo cuando le comuniqué que prefería no llamar a la señora Heinatz.

Después de realizar un paseo por las pocas calles de la no muy bonita localidad, y haber visto el pequeño negocio que había pertenecido a Heinatz, regresé al barco. Mi camarote se encontraba en la cubierta superior y era bastante fresco. La temperatura en él era muy agradable cuando el barco se puso finalmente en marcha ya tarde en la noche. El nivel del agua en el río era bajo y por lo tanto navegábamos muy despacio. Las horas más oscuras de la noche tuvimos que pasarlas incluso en la orilla. Cuando desperté a la madrugada, estábamos de nuevo inmóviles, pero esta vez involuntariamente, el barco se había atascado en un banco de arena y costó mucho esfuerzo liberarlo. Era una mañana fresca y hermosa. Me apuré a levantarme para disfrutar en lo posible el viaje por el río que no había vuelto a hacer desde hacía muchos años.

Cuando quise ponerme cómodo en la cubierta de proa después del desayuno, descubrí allí con grata sorpresa a Mrs. Cornelia Lane, la esposa del embajador en Bogotá. Estaba justo por hacer un viaje de placer a Barranquilla en compañía de Mrs. Benson, Mrs. Fletcher y una señora Urdaneta de Argáez. El regreso a Bogotá lo querían hacer en avión. Las damas habían asegurado a tiempo las mejores cabinas del vapor, las que como constaté, realmente eran bastante cómodas, y ellas opinaban que el viaje había sido hermoso hasta ese momento.

El único día de viaje que hice en el vapor pasó muy rápido. En Nare observé que la selva, la cual cubría, en mi visita de muchos años atrás, casi toda la región, había desaparecido en gran parte con el fin de dar lugar al pasto para ganado. Cerca de las tres de la tarde estuvimos en Puerto Berrío, desde donde quería continuar el viaje a Medellín en tren. Lamentablemente encontré el hotel Magdalena, que fue una vez el orgullo de Antioquia, en un estado de terrible descuido. Mrs. Lane y sus acompañantes habían venido conmigo para ver el lugar y evaluar si podían cenar allí, ya que el barco seguiría viaje recién a la mañana siguiente, pero una mirada al comedor las convenció de que a bordo sería siempre mejor para ellas. Por eso, después de un breve paseo, las llevé de regreso a su vapor, al cual fui más tarde, en la noche, para despedirme.

Puerto Berrío no se había vuelto ni más bonito ni más grande en el transcurso de los largos años desde mi última visita. Ahora tenía un banco, y precisamente mi antiguo banco había abierto, justo unos días antes, una pequeña sucursal. Lo nuevo e interesante para mí era que entre la localidad y la orilla opuesta circulaba ahora un *ferry* que conectaba con las carreteras que iban, desde la orilla opuesta, a Bogotá, Bucaramanga, etcétera.

A la mañana siguiente —4 de febrero de 1943— partí para Medellín, después de pasar mala noche en una habitación de hotel maloliente. El viaje en el lento y bastante sobrecargado tren no fue muy agradable; excepto por el túnel de La Quebra, recorrido que hice por primera vez, no había nada novedoso en este trayecto para mí. Las localidades que atravesábamos, así como los paisajes, tenían casi el mismo aspecto de antes. Algunas horas después subió un conocido al tren y viajó unas horas conmigo. Era Alberto Ángel, hijo de Alberto Ángel E., que ya había fallecido y tiempo atrás había sido dueño de una de las más grandes ferreterías de Medellín. El joven Alberto era agrónomo y principalmente ganadero. Afirmó que él, sus hermanos y su padre habían lamentado profundamente mi renuncia en el banco. Yo los había tratado mejor de lo que lo habían hecho mis sucesores. Siempre había considerado al viejo don Alberto un caballero, pero no un comerciante muy hábil. Así es que no sé si yo en los años posteriores, cuando entró en dificultades, lo hubiera podido tratar de modo más servicial, de lo que había sido tratado por parte de mis sucesores.

En Medellín había reservado una habitación en el hotel Europa, al que encontré, como siempre, lleno de gente y más abandonado que nunca. Un hotel nuevo y grande estaba en construcción y los dueños del Europa, que preveían sin lugar a dudas perder su clientela debido a él, ahora consideraban aún menos necesario que nunca esforzarse de alguna manera. Los únicos

que aún mostraban allí algo de amabilidad eran dos antiguos empleados, el mesero Juan y la camarera María.

En cuanto me acomodé, hice algunas visitas a pesar de ser ya hora de cierre de los comercios. Encontré aún, entre otros, a Gabriel Echavarría, quien me consiguió enseguida asiento en el avión para el viaje a Cali el 11 de febrero. Esta vez prácticamente no tenía nada comercial que hacer en Medellín. En realidad solo visité a viejos amigos y recibí tantas invitaciones que mi tiempo no alcanzaba para aceptarlas todas. Casi a diario me encontraba con uno u otro miembro de la numerosa familia Echavarría, con quienes hice una excursión a Caldas para visitar la fábrica de loza que pertenecía a Gabriel, y otra a Rionegro. Además visité varias veces a mis viejos amigos Manuel y Luis Escobar, al doctor Lázaro Tobón, Antonio Derka, Luciano Villa Latorre y muchos otros. Tenía mi oficina de nuevo donde Peter L. Collins; allí pude escribir una serie de cartas urgentes con toda tranquilidad.

El 11 de febrero de 1943, cerca de la una de la tarde, aterricé de nuevo en Cali después de un buen vuelo. Antes de eso me había llegado a Medellín un telegrama de la persistente señora Heintz, en el cual me preguntaba a qué dirección me podía escribir. Dejé el telegrama sin contestar.

En Cali encontré todo en orden. El 19 de enero había llegado el esperado crecimiento familiar de los Armitage, otro varón. Madre e hijo estaban bien. Me preguntaron si quería ser el padrino, lo cual por supuesto acepté. La madrina iba a ser la señorita Ana Castro, hija del doctor Antonio José Castro, un conocido médico y filántropo de Cali, viejo amigo de la familia Armitage. También había sido uno de los mejores amigos de mi hermano Franz, y por intermedio suyo Armitage había llegado a la droguería.

Desafortunadamente Franz se había distanciado un poco de Castro en los últimos años porque este le había expresado en muchos aspectos su sincera opinión, que Franz no quiso escuchar. Castro, casado con una inglesa, era conocido como un médico muy bueno e inteligente, pero no se preocupaba mucho por su consultorio, sino que se dedicaba a sus estudios y pasaba bastante tiempo en las haciendas que le pertenecían; no obstante, operaba de forma regular y gratuita a pacientes pobres en los hospitales, por un lado por beneficencia y por otro para permanecer en la práctica. Era una persona interesante, muy caritativo, y al mismo tiempo un cínico consumado, no tenía buen concepto de este mundo ni esperaba algo de él. Su hija era mucho más de lo que se denominaba en Estados Unidos *sophisticated*, elegante, moderna, alta, no fea, de unos veinte años.

El bautismo tuvo lugar el domingo 14 de febrero de 1943 en la catedral de Cali. La madrina sostuvo al niño, por lo tanto, yo era solo un participante pasivo. Momentos después la madrina nos llevó en su coche a la casa de los

Armitage, donde nos esperaba un té. Me quedé allí una hora y luego regresé al hotel, es decir, los Castro me llevaron. El niño bautizado recibió el nombre de Leslie Lorenz.

Apenas había pasado una semana en Cali, cuando otra vez sufrí un violento resfrío. La medicina no solucionó nada. Por lo tanto, decidí combinar lo agradable con lo útil y buscar alivio en un cambio de clima. Durante mucho tiempo había querido conocer la antigua ciudad de Popayán, ubicada al sur de Cali, y se suponía que debía tener un saludable clima de altura. Armitage quería volver a visitar el lugar para evaluarlo comercialmente, así que decidimos aprovechar el siguiente fin de semana para ir en el auto de Armitage a Popayán.

El sábado 20 de febrero de 1943, al amanecer, iniciamos nuestro viaje. Era una mañana fresca y hermosa. Durante la noche había llovido justo lo suficiente para convertir las carreteras arenosas en firmes y libres de polvo y nosotros poder avanzar rápido. Durante las primeras dos horas estuvimos en llano por el Valle del Cauca, manejando por suelos cultivados y grandes superficies de pastoreo interrumpidas por bosquecillos de palmeras y arbustos de bambú. Luego el camino comenzó a ascender y nos condujo a lo largo de laderas montañosas, cruzó algunos valles fluviales semejantes a grietas profundas y alcanzó finalmente el altiplano de Popayán. Aquí la región comenzó a estar más habitada de nuevo, mientras que desde la salida del Valle del Cauca lo estaba muy poco. La última parte del trayecto causaba una impresión poco fértil y pobre en agua. Incluso la altiplanicie de Popayán no daba la impresión de ser floreciente, aunque brillaba en un hermoso verde y parecía estar con buen riego. A lo lejos vimos el volcán nevado de Puracé, al pie del cual se encuentra la ciudad de Popayán. Alrededor del mediodía llegamos allí, donde nos alojamos en el mejor hotel de la ciudad, pero no por eso bueno, se llamaba hotel Lindberg. Desafortunadamente nuestro auto tuvo un problema mecánico en las últimas horas, lo que nos preocupó mucho por el viaje de regreso, entonces lo llevamos enseguida a un taller, con la esperanza de que lo arreglaran pronto.

Tras un descanso en el hotel, hicimos una visita a la ciudad, realmente digna de ver. Es una de las más antiguas de Colombia y atesora muchos recuerdos de la época de los conquistadores españoles. Varias placas conmemorativas fijadas en las paredes de las casas informaban sobre esa época. Desde el exterior la ciudad causaba una impresión ordenada y limpia, aunque la higiene personal de los habitantes no parecía ser demasiado pulcra. La ciudad era conocida por su plaga de pulgas. También el hotel era muy sucio y albergaba numerosas cucarachas. Pero si se recorrían las calles, bastantes limpias, uno veía que casi todas las casas estaban recién pintadas, y una mirada a través

de la entrada con frecuencia descubría un bonito patio adornado con flores. Interesantes eran también las numerosas iglesias, de la cuales visitamos cierta cantidad.

Cerca del atardecer la inquietud por nuestro auto nos llevó de nuevo al taller, donde tuvimos que constatar con gran desilusión que el desperfecto aún no se había encontrado. Pero por suerte conocimos en esa oportunidad a un camionero que conducía la difícil ruta de Popayán al Magdalena y tenía que ser por necesidad buen mecánico. Este se ofreció a encontrar el daño y arreglarlo, y cumplió su promesa. Incluso antes de oscurecer pudimos hacer un pequeño paseo en el auto, en el cual vimos también el orgullo del moderno Popayán, es decir, la nueva central que abastecía de agua potable a la ciudad. Realmente estaba bien planificada, era limpia y se nos mostró, a los extranjeros, gustosamente y con visible orgullo. Se hallaba rodeada de hermosos espacios verdes y además su agua limpia abastecía una piscina de natación. Después de haber asistido en la noche a una función en un cine-teatro bastante bonito, nos fuimos a dormir satisfechos.

Mientras que había llovido varias veces en la tarde y en la noche, el domingo nos recibió con una hermosa mañana radiante y decidimos hacer una caminata por las montañas cercanas que dominaban la ciudad. En el trayecto tuvimos vistas panorámicas hermosas sobre la meseta de Popayán, como también del Puracé, y regresamos algo sudorosos, pero muy contentos al hotel. En la tarde intentamos llegar con el auto al pie del Puracé, que solo estaba a unos treinta kilómetros de distancia, pero tuvimos que abandonar la idea por el mal estado del camino. En lugar de eso visitamos el monumento, ubicado en un cerro, de Belalcázar, el fundador de Popayán, y recorrimos un trayecto de la ruta que conduce a Pasto. A la mañana siguiente regresamos a Cali, donde llegamos temprana la tarde. Estábamos muy contentos con nuestro viaje, el que también me había liberado del resfrío, pero solo de forma temporal, como pronto me di cuenta.

Estos tercetos ataques de resfrío arruinaron bastante mi estadía en Cali. Parecía no haber ningún remedio para combatirlos. Dos veces subí a la imponente montaña que sobrepasaba a la ciudad, adornada con una gigantesca cruz, con la esperanza de encontrar alivio a través de una radical cura de transpiración. También resultaba, pero siempre solo por uno o dos días.

Por cierto, me consideraban loco por estas caminatas a la montaña, en Cali además me consideraban algo trastornado. Yo había conocido solo a un hombre que también había subido caminando con sus hijos; era Harold J. Eder, quien de todos modos era considerado algo excéntrico en la ciudad. Las personas 'normales' que querían visitar este bello punto panorámico subían cabalgando. En mis dos ascensos solo una vez encontré una persona, que me

miró sorprendida. En la cima había una cabaña, habitada; no sé de qué vivía esta gente. Cuando en una de mis visitas llegué allí, vi a una mujer en un pequeño campo cerca de la cabaña. Tan pronto me vio, entró corriendo a su casa y no se asomó, aunque la llamé con la esperanza de obtener por lo menos un vaso de agua. Era bonito poder observar desde allí arriba una puesta de sol. También a esa hora refrescaba de forma agradable. Lástima, sin embargo, el descenso muy empinado, tan destrozado por la lluvia que apenas merecía ser llamado camino, y se hacía aún más difícil de transitar en la creciente oscuridad; el de herradura, también utilizado por la gente, que en diversos lugares de la montaña extraía carbón bastaste bueno, era mucho mejor, solo que varios kilómetros más largo que el sendero a pie, el que ascendía en línea recta hasta la cima.

Durante los últimos días de febrero vinieron Mr. y Mrs. Lane a Cali, donde me reuní a diario con ellos al mediodía o en la noche. Fueron muy cortejados, y el domingo 28 de febrero hubo una recepción formal en su honor en la casa de Walter Eder, a la que asistieron unas cien personas.

El 11 de marzo visité la plantación de caña de azúcar La Manuelita, cerca de Palmira, por una invitación de Harold J. Eder. Me resultó muy interesante conocer esta empresa, considerada prácticamente la mejor de su tipo en Colombia.

Había más o menos terminado con mis asuntos comerciales en Cali, así que decidí partir de la ciudad el 22 de marzo y viajar primero a Barranquilla, donde pensaba pasar unos días.

Puntualmente, a las 9:40 de la mañana, partió el avión de Cali. En Medellín tuve una estadía de varias horas, que aproveché para ir a la ciudad con el fin de poder saludar uno u otro de mis conocidos, pero era mediodía y los comercios estaban cerrados en su mayoría. No obstante, me encontré con Óscar Echavarría, quien me invitó a almorzar en el Club Unión. Poco después debí regresar al aeropuerto. Había llegado allí, cuando reconocí entre los pasajeros de un avión que recién había aterrizado, a uno de mis conocidos más viejos de Medellín pero que no había vuelto a ver durante muchos años, un tal Luis Alfonso Vélez. Me dirigí hacia él, pero parecía tener mucha dificultad en acordarse de mí. En sus años más jóvenes había recibido el apodo de Pelot, por su vivacidad indomable, ahora daba la impresión de haber envejecido y estar abotagado.

Durante el vuelo de Medellín a Barranquilla entramos en una tormenta y durante un tiempo fuimos sacudidos con suma fuerza. A pesar de esto, llegamos puntuales a Barranquilla.

Por intermedio del doctor Max Rehbein Peralta había reservado una habitación en el hotel El Prado, que resultó ser como era: deseable. Estaba ubicada en la planta más alta, era fresca y tenía una hermosa vista. Mi resfrío, que



me había torturado hasta mi partida de Cali, y un violento cólico intestinal, habían cedido durante el viaje y me había propuesto concederme de descanso los pocos días en Barranquilla. El tiempo era favorable para eso. La estación de brisas aún no había terminado del todo y el clima era en general bastante agradable. Estaba lo suficientemente cálido como para hacer que la hermosa piscina del hotel se viera muy tentadora.

El doctor Rehbein me visitó la primera noche en el hotel y me invitó a cenar la noche siguiente en su casa. Fue el único de mis viejos conocidos de Barranquilla con el que me reuní esta vez.

Una vez más hice el viaje a Puerto Colombia, solo para volver a sentirme desilusionado por la ausencia de un lugar confortable en el cual alojarme. Pero por lo menos, la breve estadía junto al mar tenía algún atractivo. En la playa me encontré con un bote que acababa de regresar y pude observar la descarga de la pesca obtenida. Apareció una interesante colección de frutos marinos y a pesar de la apariencia peculiar de algunos, todos encontraron enseguida compradores.

Se dio la casualidad de estar en Barranquilla en el momento de luna llena y por eso aproveché las noches para paseos más largos, mientras pasaba las horas más calurosas del día casi siempre en el hotel y cerca de la piscina.

En la mañana anterior a mi partida dejé que el doctor Rehbein me revisara. Me encontró en buen estado, excepto por las secuelas de mi pertinaz resfrío. El 25 de marzo de 1943, a las tres de la tarde, partí rumbo a Balboa.